

La delincuencia en el barrio

María Angélica Romero*



S

on muchas y variadas las manifestaciones de violencia que día a día he visto. Desde ese niño que llega a la escuela marcado porque su papá le pego con un cable, o la niña que su mamá le quemó las manos porque tomó algo que no era suyo. También el caso de la mujer que es golpeada por su marido bajo el efecto de la droga o el alcohol, o el caso de la niña que fue abusada por su padrastro. Y estos casos llegan a la escuela porque existe una comunicación y una confianza de la familia en la escuela, porque la familia busca el apoyo de la escuela, de sus maestros para que le orienten. Claro, no todos los casos llegan, existirán muchos que aún permanecen ocultos.

Ante casos como los anteriores la escuela busca apoyo en las instituciones, establece un seguimiento a la familia. La co-

municación directa, la empatía ante el problema que vive la familia es muy importante.

¿Hemos podido dar respuesta a todos los casos? Por supuesto que no, no tenemos la capacidad. Los casos orientados exitosamente han sido el resultado de una red de apoyo, donde han intervenido especialistas, instituciones, familia, escuela; en fin, una cantidad de voluntades para dar solución al problema.

En otras oportunidades, nos hemos sentido impotentes al no poder dar ni siquiera una luz, porque en realidad no existen instituciones para ello, no hay voluntad y lo que existe es un gran miedo. Estoy hablando de los casos de delincuencia. Esta es una situación con la que convivimos a diario.

Hemos observado desde la escuela cómo se va haciendo delincuencia un niño de la comunidad, y es triste y doloroso darse cuenta que fue mucho lo que pudimos hacer por él , y ahora ya es tarde porque a sus 15 años recibió un tiro que le quitó la vida.

Voy a relatarles un poco lo que nosotros hemos vivido en referencia a este tema. Les hablaré del caso de las bandas en el barrio. Esto lo ilustraré con sólo un ejemplo de los muchos que nos ha tocado vivir.

Dos niños que estudiaron en la escuela desde el preescolar, fueron niños normales y felices, tenían un rendimiento aceptable y un buen comportamiento.

Sus madres eran jóvenes del barrio que provenían de una familia desestructurada y disfuncional donde la presencia del alcohol y en muchos casos las drogas, era una realidad.

Las madres salían a trabajar muy temprano y los niños se quedaban solos prácticamente todo el día, a cargo de la abuela, una señora bastante mayor.

La mayor parte del tiempo estaban en la calle, con otros niños igual a ellos y con jóvenes más grandes y adultos tratándolos mal e invitándolos a hacer cosas indebidas para dejarlos entrar en su grupo.

Mientras tanto ellos, luego de estar en la calle sin ningún control y bajo la orientación de delincuentes, llegaban en la tarde a la escuela y comenzaban a mostrar conductas indebidas, a pelear, a jubilarse de clases. Ya la escuela les quedo pequeña, ya las palabras de sus maestras perdieron sentido.

La madre asiste a la escuela, hablamos el caso, tratamos de buscar salidas, la madre repite que ella sola no puede, que su marido no la ayuda, que no puede dejar de trabajar para cuidarlo, que no sabe qué hacer, que su hijo ya es grande. Además sabemos que los tíos y primos de estos niños son delincuentes, consumen o trafican drogas y todo esto hace mas difícil una salida. En la escuela tratamos de buscar alternativas, un internado para el chamo, pero no hay o son muy costosos. La posibilidad de enviarlo a otro ambiente, pero a dónde, a hacer qué.

Ya adolescentes se vieron involucrados en un robo, sabemos que andan armados. Todos en el barrio saben quien les da las armas a los niños pero nadie dice nada, todos tienen miedo.

A los trece años, cuando estaban en 7mo grado, dejaron la escuela. Ya los vemos desde aquí, desde arriba en la escuela, allá abajo en la cancha; están armados y todas las tardes están allí, reunidos todos, escondiéndose y protegiendo el sec-

tor del ataque de las bandas de otros barrios.

Esto de las reuniones de grupo de todos los días me ha llamado poderosamente la atención. Siento que las bandas de delincuentes están mas organizados que nosotros como comunidad, como familia, como cristianos, como ciudadanos. Como padres y adultos hemos perdido la palabra, ya no nos comunicamos con nuestros hijos, ya no se hacen reuniones familiares, los adultos no salen con sus pequeños. Al contrario nos encerramos en la televisión, la música, la fiesta, la bebida, el trabajo, siempre hay una excusa para no estar juntos.

Si nosotros no hablamos como padres y docentes, otros lo hacen y este es el caso de las bandas de delincuentes. Desde la escuela he observado como se agrupan en un circulo y allí pasan horas hablando, alrededor siempre hay muchos niños, esos niños que pasan toda la tarde en la calle y que luego pasan a formar parte de la banda, poco a poco se van sumergiendo en el hoyo, primero guardan un arma, luego llevan droga a un sitio, roban una moto, atracan, asesinan.

Los enfrentamientos y las muertes siempre son por rivalidades entre las bandas, por mantener el mando del sector, la venta de la droga. Estos enfrentamientos ocurren a cualquier hora y en cualquier lugar, no se respeta a nadie, son muchas las personas inocentes que han muerto porque justo estaban allí cuando se prendió el tiroteo. Y no hay nadie que diga nada, porque el miedo es muy grande. Si alguien se atreve a enfrentarlos es amenazado y tiene que irse con toda su familia.

En una escuela vecina me dijeron una vez que los malandros iban a decirles a las maestras que despacharan temprano porque iba a haber un enfrentamiento. En la comunidad la gente no quiere salir a reuniones en la noche por miedo, los jóvenes no van a las canchas a

jugar, las actividades deportivas que la escuela hacia en la cancha de la comunidad ya no se hacen, todo se realiza dentro de la escuela. Poco a poco cedimos nuestros espacios.

En la escuela hemos vivido un proceso de negociación con los chamos de la banda del sector. Ellos comenzaron a subir a la escuela. Como no existe protección y la escuela comunica directamente con la cancha, les es fácil subir al colegio.

Esto comenzó a pasar sobre todo en días que la escuela celebraba algún acto de navidad, de carnaval. Ellos subían y en un principio se colocaban detrás de la cerca, nuestra posición fue siempre el dejarlos estar, eso sí con una constante vigilancia por parte de los maestros y directivos. Luego comenzaron a entrar al patio, entonces siempre alguno de nosotros se acercaba y hablaba con ellos para pedirles que tuvieran un buen comportamiento y que al terminar se retiraran. En el grupo están los dos exalumnos de la escuela de los que ya les he hablado y otros que son exalumnos de otra escuela Fe y Alegría del sector y que los conocemos a través de varios docentes que trabajan en las dos instituciones. Esto ha permitido que exista un lazo afectivo entre los muchachos y nosotros. Nos conocemos; yo diría más, nos reconocemos.

Claro está, no todos están de acuerdo con esta posición, dentro de la escuela; Muchos maestros y representantes opinan que esto no debe ser así, que es un peligro permitir la entrada de estos delincuentes al colegio, que es mejor denunciar el caso o pedir un policía en el colegio para protección.

En particular, los años que estuve de directora del colegio me negué a la presencia policial. La escuela es un recinto para la paz, la negociación, el aprendizaje, la creatividad y eso es lo que debe proyectar a la comunidad, debe ser luz y referencia en el barrio.

Hace aproximadamente unos 10 meses, la situación con las bandas se tornó muy difícil. Los muchachos que siempre subían a la escuela estaban siendo perseguidos por los miembros de la otra banda. Estaban sentenciados a muerte.

Ellos seguían subiendo a la escuela, saltaban la cerca y llegaban dentro del colegio, y nuestra respuesta siempre fue conversar, pedirles que por respeto a los niños y por su seguridad se retiraran.

Esa semana realizamos tres reuniones con ellos en la escuela. Una primera conversación con algunos maestros donde ellos pidieron tener una reunión con los directivos para hacer unas peticiones. Se fijó la reunión y estuve allí como directora, acompañada por otros docentes. Ese día asistieron cuatro muchachos integrantes de la banda del sector. Sus edades estaban entre los 16 y 18 años. Dos de ellos ex-alumnos nuestros.

La conversación se llevó con sumo respeto y con toda la formalidad que requería el momento. Nuestra petición concreta era solicitarles que no subieran a la escuela de esa forma, que entendieran los riesgos y el peligro que corríamos todos, en especial los niños. Fuimos muy francos al hablar, les hicimos saber que estábamos concientes de lo que sucedía con ellos. La respuesta que recibí ese día me ha dejado inquieto el corazón.

Ellos saben que no les queda mucho de vida, darían todo por poder cambiar ese destino que eligieron pero ya es muy tarde y lo saben.

Uno de ellos me contó que intentó alejarse y se fue a casa de su abuela, pero no contó con ninguna oportunidad, se puso a vender helados... ¿Ustedes se imaginan a un joven que ya ha vivido todas estas experiencias recuperándose así? Imposible, no pudo. Además tienen que vivir escondiéndose. Otro nos dijo que él se metió en eso y cuando quiso dejarlo ya no

pudo, pero que quiere cambiar su vida y si tuviera la oportunidad la aprovecharía. Ese día les hablé de las personas inocentes que han muerto por sus enfrentamientos y que había que establecer una tregua. Hubo algo importante que uno de ellos me dijo. Expresó que eran chamos con los que se podía hablar pero que los de las otras bandas eran muy malos y que ellos tenían que defender el sector de los ataques de esas bandas.

Ese día nos pidieron poder participar en un juego de basket en el colegio y quedamos con ese compromiso.

PARTICIPARON EN UN EVENTO DEPORTIVO-CULTURAL

Luego de las conversaciones, los muchachos de la banda cumplieron su palabra; pasaron meses en los que no subieron a la escuela, aunque estaban allí cerca, porque es el sector donde se reúnen.

Un sábado, a través del servicio comunitario, los estudiantes de trabajo social de la UCV que trabajan con grupos de niños en el barrio (sobre todo estos casos de niños que están en riesgo de caer en la delincuencia), organizaron un evento deportivo cultural que se realizó en el colegio. Ese día invitamos a los muchachos a jugar. Para evitar cualquier inconveniente los universitarios solicitaron el apoyo de la policía.

Los chamos jugaron basket, bailaron changa, y al final se les entregaron reconocimientos por su participación. Se tomaron fotos y al terminar la actividad se retiraron y todo bien.

UNA ASAMBLEA PARA DEFENDER MALANDROS

En diciembre vivimos otra situación muy difícil. Los muchachos de la banda habían colocado una especie de carpa abajo en los terrenos de la escuela. Allí se reunían cerca de 10 jóvenes, ponían música, be-

Mientras tanto ellos, luego de estar en la calle sin ningún control y bajo la orientación de delincuentes, llegaban en la tarde a la escuela y comenzaban a mostrar conductas indebidas, a pelear, a jubilarse de clases. Ya la escuela les quedo pequeña, ya las palabras de sus maestras perdieron sentido.



bían y estaban armados. En seguida los llamamos para hablar pero se observaba que había desacuerdos entre ellos, además muchos de los que estaban allí no los conocíamos. Esto agravó la situación porque estos chicos eran perseguidos por otras bandas y se podía presentar un enfrentamiento poniendo en peligro a todos.

Ante esta situación se presentó la duda y la confusión. Los padres se acercaban a la escuela a exigirnos que llamáramos a la guardia para desalojarlos, por otro lado otros vecinos nos decían que era muy peligroso denunciar porque después podrían arremeter contra nosotros. No sabíamos qué hacer, el equipo directivo y coordinadores nos reunimos y decidimos convocar una asamblea de representantes y plantear la situación para juntos buscar una solución.

Llegó el día de la asamblea. Asistieron cerca de 150 representantes, la directora tomó la palabra y explicó la situación y

luego dio el derecho de palabra. Tomaron el micrófono varias madres que manifestaban que el colegio era el responsable y que debía poner la denuncia. Otros se expresaron en contra de esos delincuentes y pidieron que se les desalojará inmediatamente con la guardia. Así fueron interviniendo hasta que tomó la palabra la madre de uno de los jóvenes de la banda que tiene sus hijos estudiando en el colegio. Ella se expresó de una manera tan humana, expresó su dolor de madre, su im-

Siento que las bandas de delincuentes están mas organizados que nosotros como comunidad, como familia, como cristianos, como ciudadanos. Como padres y adultos hemos perdido la palabra, ya no nos comunicamos con nuestros hijos, ya no se hacen reuniones familiares, los adultos no salen con sus pequeños.

potencia por no poder hacer nada para ayudar a su hijo, luego intervino otra, familiar de otro de los muchachos y llamó a la sensibilidad de los padres y propuso que podíamos bajar a hablar con ellos y pedir que se retiraran. Así se conformó una comisión en la que se incluyeron tres docentes. Terminaron bajando cerca de 60 personas a hablar con ellos. Fue una conversación muy cercana, les hablaron de los niños, de su seguridad, de que no tenían nada en contra de ellos, que sólo les pedían respeto por la seguridad y la vida de los demás. Los familiares les expresaron sus sentimientos y lloraron abrazándolos. Todos los que observábamos desde arriba en la escuela, quedamos asombrados de lo sucedido. A los pocos minutos ya los jóvenes habían desarmado la carpa y se habían retirado del lugar.

No todos estuvieron de acuerdo en cómo se resolvió la situación. Para muchos actuamos fuera de lo que corresponde.

Ellos son delincuentes y deben ser castigados por ello.

Alguien en la escuela me comentó que una docente había expresado qué pérdida de tiempo, hicimos una asamblea para defender malandros. Es que nos correspondía hacerlo; tal vez no hicimos nada cuando pudimos. Se lo debíamos.

REFLEXIONES

- En nuestros barrios los niños y niñas se están levantando solos. Las madres salen desde muy temprano a trabajar y la mayoría queda a cargo de una abuela, muy mayor o con un hermano. El rol socializador de la familia en estos casos de pobreza e ignorancia no se cumple. Este rol esta siendo trasladado a la escuela. La pregunta es ¿Cuántas escuelas tienen plena conciencia de esta importante misión? ¿Qué pasa con aquellos niños que ni cuentan con la familia, ni con la escuela? ¿Cuáles otros espacios para su formación como ser humano y ciudadanos tienen nuestros niños? ¿Qué espacios brinda la comunidad, las organizaciones, las instituciones públicas y privadas para la socialización de los niños y jóvenes de nuestros barrios?
- Es una triste realidad, pero a muchos de los niños de nuestros barrios les es más fácil conseguir un arma que un cupo en el colegio. En nuestro municipio no hay escuelas suficientes para atender la gran demanda. No hay conciencia política de lo urgente que es atacar este problema y crear suficientes escuelas para que no haya ni un solo niño sin ir al colegio.
- Nuestro compromiso cristiano y ciudadano es no quedarnos tranquilos cuando vemos a un niño en la calle, cuando vemos que es maltratado, cuando pasa hambre, cuando no va a la escuela, porque estos son los futuros delincuentes.

- Los grupos cristianos, las organizaciones populares, los consejos comunales, las escuelas, todos tenemos que ponernos de acuerdo y luchar por el logro de mejores y mayores oportunidades para nuestros niños, niñas y jóvenes. Participar activamente en la creación de grupos deportivos, culturales, religiosos y ser sus supervisores directos para asegurar que nuestros niños reciban una formación integral. Recuperar los espacios y dignificarlos.
- Las escuelas deben esforzarse por dar la mejor educación, presionar a los entes gubernamentales para que cumplan con lo que les corresponde porque sólo así podremos ganar la batalla a la delincuencia. Deben generarse programas de atención a estos jóvenes para que tengan la oportunidad de salir de la delincuencia y ser productivos a la sociedad y esto es responsabilidad no sólo de la comunidad organizada, sino del Estado.
- La fraternidad en la comunidad: crear lazos afectivos, hermanarnos, que seamos capaces de reconocernos, de compartir. Así nos veremos los unos a los otros con ojos de misericordia y seremos capaces de buscar salidas que nos beneficien a todos. Es necesario volver la mirada hacia el más necesitado, el que sufre, el que no contó con oportunidades y solidarizarnos.
- No perder el contacto afectivo con los jóvenes que entran en la delincuencia, con sus familias, porque tal vez sea la única vía que pueda, en un momento dado, brindarles una luz.

*Docente del Colegio Fe y Alegría
Presidente Kennedy. Barrio Bolívar. Petare